
Iván Mészáros*

*LA INDUSTRIA DE
LA DESTRUCCION
último camino del capitalismo*

Como punto de partida, permítaseme citar tres declaraciones algo sorprendentes hechas recientemente por algunas figuras públicas británicas bien conocidas. La primera de ellas afirma:

Estamos al borde de una crisis económica que conlleva consecuencias políticas y sociales que apenas comenzamos a contemplar. Este descenso continuo lleva a una situación en que la misma democracia tendrá que luchar por su sobrevivencia.

La segunda advierte que los 280 mil millones de dólares anuales que los Estados Unidos invirtieron en la defensa han creado graves problemas, agregando que:

se han gastado básicamente dentro de un sólo mercado, tal vez el más protegido en la alianza por reglamentos sobre transferencia de tecnología, por leyes de protección norteamericanas, por contro-

* Iván Mészáros es uno de los más importantes intelectuales de la corriente marxista crítica conocida como Escuela de Budapest. Como discípulo de George Lukács ha sido el continuador de una tradición teórica en la cual la filosofía, la estética y la política son los espacios donde se realiza una reflexión radical sobre la presencia de los individuos en la historia. El presente ensayo fue expuesto por su autor en el seminario internacional "Capitalismo Moderno e Innovación Política", organizado por el Area de Estudios Europeos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, del 17 al 21 de febrero de 1986. Traducción de Carlos Ballesteros.

les extraterritoriales coordinado a través del Pentágono y protegido por el Congreso. Este gasto se canaliza hacia las más grandes y más ricas compañías sobre la tierra. Es un poder irresistible y si no se le frena comprará sector tras sector de las tecnologías avanzadas del mundo. La forma en la cual se llevó a cabo la reconstrucción de la compañía Westland PLC ha levantado profundas polémicas en torno a la defensa y al futuro de Inglaterra como un país tecnológicamente avanzado.

La tercera declaración no es menos dramática. En referencia a la llamada “Iniciativa de Defensa Estratégica” (IDS) del presidente Ronald Reagan, protesta contra las implicaciones negativas de ésta en la industria británica, afirmando que:

Estamos siendo alimentados con migajas. Europa debe ser cuidadosa a fin de que su participación en el programa de investigación de la guerra de las galaxias norteamericana no signifique introducir un caballo de Troya.

Lo sorprendente de todo esto no es que tales declaraciones hayan sido hechas, sino los compromisos sociales y políticos de quienes las hicieron. La primera advertencia corresponde a Sir Edwin Nixon, presidente de la IBM en Gran Bretaña. Como la anterior, la segunda no fue expresada por un “ardiente revolucionario” o por alguien comprometido con las causas de la “izquierda tibia”, fue hecha —nada menos— por el exsecretario de Defensa británico, Michael Heseltine, al explicar las causas de su reciente renuncia, misma que dio lugar a un sonado escándalo político respecto a la pretendida neutralidad, pero en realidad efectivo apoyo del gobierno inglés hacia las corporaciones multinacionales norteamericanas en su acción contra la comunidad europea. Finalmente, la tercera afirmación proviene de Paddy Ashdown, miembro liberal del parlamento por Yeovil, quien defendiera estruendosamente la exitosa oferta norteamericana para comprar la compañía fabricante de helicópteros Westland, contra la cual protestó Heseltine.

La cuestión está en que actualmente el capitalismo experimenta una profunda crisis que no puede ser negada ni siquiera por sus voceros y beneficiarios. Para nosotros, el problema es el de que tantas posibilidades se abren en el contexto de esta crisis para una alternativa radical.

Es imposible responder a esta pregunta sin remitirnos a las desconcertantes tendencias del desarrollo actual del capitalismo, enfocando nuestra atención a sus contradicciones internas. Lo que sigue es un in-

tento de discusión sobre algunos aspectos —con implicaciones prácticas, muy importantes— de esta problemática.

El contexto general capitalista

Una valoración realista de estas tendencias y transformaciones requiere situarlas dentro del marco global de la dinámica del capital. Al respecto, es importante entender, el lado positivo, las implicaciones negativas y los límites histórico-sociales del desarrollo capitalista.

En principio, podemos señalar la particular habilidad del capital para tratar por separado al *valor de uso* (directamente vinculado a las necesidades) y al *valor de cambio*, subordinando radicalmente el primero al segundo. Paradójica como podría parecer en su tiempo y lugar, ésta fue una innovación fundamental que más tarde abrió horizontes inimaginables para el desarrollo económico. Ello porque cualquier mercancía en particular bien puede estar en uso constante, en un extremo de la escala, o jamás ser usada, en el otro extremo, sin que tal situación afecte en lo más mínimo el hecho fundamental desde el punto de vista del capital, a saber: que una cierta cantidad de valor de cambio se haya realizada en la mercancía en cuestión a través de su venta, independientemente de cualquier uso subsecuente o de la falta de uso, como puede suceder. Consecuentemente, si, por ejemplo, *la tasa de utilización* de cualquier mercancía específica pudiera decrecer de cien por ciento a, digamos, un cero por ciento, la multiplicación potencial de valor de cambio debería ser de un céntuplo, esto es, la asombrosa cifra de 10 mil por ciento. De hecho, ésta ha sido una de las principales vías a través de las cuales el capital ha triunfado, logrando un crecimiento verdaderamente inconmensurable en el curso de su desarrollo histórico.

En el otro extremo de la ecuación socioeconómica capitalista encontramos que, como resultado de la dinámica interna y las contradicciones antagónicas del capital, una adquisición originalmente positiva se transforma en algo diametralmente opuesto, sin que para ello exista una solución concebible dentro del marco de la producción mercantil. El punto en cuestión es aquí la *tasa decreciente de utilización* que afecta negativamente al conjunto de las tres dimensiones fundamentales del consumo y la producción capitalista.

1. Bienes y servicios
2. Infraestructura y maquinaria
3. Capacidad de trabajo en sí misma

Respecto a la primera, la tendencia es notable a través de la acelerada velocidad de circulación que se hace necesaria con el despliegue del

“capitalismo de consumo”, a fin de compensar –tanto como sea posible de acuerdo a las circunstancias– la caída de la tasa de beneficio. Más allá de un cierto punto, sin embargo, las mercancías destinadas al “consumo altamente masivo” no son ya capaces de mantener a los lobos de la crisis lejos de la puerta. Así, pese a la cínica práctica de la “obsolescencia incorporada”, y al conjunto de los esfuerzos de manipulación publicitaria que tienden a producir la misma “obsolescencia prematura” por otros medios, no es muy fácil garantizar –en la escala necesaria y con la consistencia requerida para hacerla confiable desde el punto de vista del capital promedio –la motivación por los bienes excesivos y desechables, dadas las restricciones económicas de los consumidores individuales y las conflictivas demandas que se les imponen. Además, aun cuando las dificultades inherentes de escala y consistencia se pudieran superar, el éxito completo de tales estrategias crearía más problemas de los que posiblemente pudiera resolver, ya que la inundación del mercado con cantidades cada vez mayores de mercancías tendería a incrementar la competencia de los capitales con lo que se agravaría la pérdida de rentabilidad en el sistema concebido como un todo. De este modo, deben de hallarse formas más seguras de garantizar, en una escala suficiente y en una forma directamente institucionalizable, que la inexorable tendencia de desarrollo del capital hacia una tasa cero de utilización –teóricamente equivalente a su máxima expansión concebible– podrá continuar sin estorbos.

Esta garantía para el capital ha sido proporcionada por la emergencia del “complejo militar-industrial” que desplaza temporalmente algunas de las contradicciones más graves. Con insaciable apetito, se apropia y derrocha recursos aparentemente ilimitados y fondos de capital excedente, sin sumarse en lo más mínimo a los problemas de comercialización y a las presiones competitivas del mercado de consumo. Al mismo tiempo, el derroche astronómico, que sería totalmente incompatible con el alguna vez glorificado criterio de eficiencia económica y “buena economía doméstica”, encuentra su justificación y legitimación automática en un llamado a la ideología del “interés nacional” y a la “seguridad nacional”, bajo la combinación de los poderes legislativo, judicial y administrativo del Estado, los cuales actúan al unísono con los complejos militares-industriales correspondientes. De esta manera, no sólo desaparecen inmediatamente las consecuencias negativas de la inevitable tasa decreciente de utilización, sino que al contrario, gracias al apuntalamiento directamente institucional que el Estado proporciona a escala masiva y virtualmente en todas las áreas de la actividad económica, esas consecuencias pueden ser transformadas, por todo un periodo histórico, en poderosísimas palancas para la expansión capitalista.

Por otro lado, existen una serie de dificultades y complicaciones similares que afectan los requerimientos de la expansión capitalista en el rubro de infraestructura y maquinaria. La tasa decreciente de utilización se manifiesta aquí bajo la forma de *subutilización crónica* de la infraestructura y la maquinaria, acompañada por una presión incrementada permanentemente, hacia un artificial *acortamiento del ciclo de amortización* de las mismas, a fin de contrarrestar la propia tendencia. El que las prácticas adoptadas como resultado de tales tendencias y presiones objetivas se justifiquen por medio de la ideología de la “innovación tecnológica” (¿quién, en su sano juicio, se atrevería a cuestionar la necesidad de la maternidad para la sobrevivencia de la humanidad?), no altera el hecho; de aquí que estemos frente a un problema estructural de creciente gravedad. Una vez más, debemos tomar en cuenta la función del apoyo directo del Estado que proporciona generosamente, incluso a las corporaciones multinacionales más ricas, los fondos necesarios que el idealizado “espíritu empresarial” de la competencia privada ya no puede producir de manera rentable. Ello sin mencionar el esfuerzo permanente del Estado capitalista moderno para sostener el sistema de iniciativa privada a través del financiamiento y la administración directa de la llamada “investigación básica” y también de la que se orienta al desarrollo tecnológico.

El tercer aspecto de nuestro problema, que concierne al uso o desuso de la fuerza de trabajo social disponible, constituye la contradicción potencialmente más explosiva del capital. Desafortunadamente para el propio capital, el trabajo no es solamente “un factor de la producción”, en su capacidad de fuerza de trabajo, sino también el “consumidor masivo”, vital para el ciclo normal de reproducción y realización de la plusvalía. Por ello, el capitalista requiere que se incremente el poder de compra de los trabajadores, siempre y cuando trabajen para alguien más. De hecho, bajo condiciones adecuadas, él no se opone al mejoramiento de las condiciones materiales de la clase trabajadora en su conjunto; esto es, cuando tal mejora no entra en conflicto con los requerimientos de rentabilidad, ya que es financiada por la productividad creciente, dentro de la dinámica de una reproducción ampliada. De allí la posibilidad, o aún más, la necesidad de “economías de altos salarios” o de variaciones en las políticas del *welfare state* bajo las circunstancias de una expansión de capital ininterrumpida, como se constató durante la relativamente larga fase de desarrollo de la posguerra en los países capitalistas avanzados.

Sin embargo, la tasa decreciente de utilización respecto a la fuerza de trabajo no puede ser revertida por medidas y factores coyunturales. De forma desconcertante para el capital, no es posible tratar al trabajo

como mero “factor de la producción” indefinidamente, ni siquiera explotando con manipulaciones la ficticia oposición entre el trabajo y el consumo hasta lograr someter las demandas obreras en favor de un consumidor con mayúscula. En último análisis —y no obstante todos los apoloéticos clichés ideológicos producidos por la “ciencia económica” acerca de “la soberanía del consumidor” y de la pretendida “maximización de las utilidades marginales”, trabajo y consumo son una y la misma cosa y determinan el estado saludable o “disfuncional” de la economía capitalista sobre el terreno de esta incómoda identidad estructural entre ambos y de su posición estratégica en el conjunto del sistema.

Las implicaciones prácticas negativas de esta identidad fundamental comienzan a destacarse, con toda evidencia, en el despliegue de la ley de la tasa decreciente de utilización. Al mismo tiempo, la contradicción objetiva que está detrás de los intentos por negar la realidad de esta identidad estructural se manifiesta en el creciente deseo del capital por crear “consumidores masivos” que representa una actitud opuesta a la permanente disminución de la necesidad de trabajo vivo. Esta es, de hecho, la contradicción fundamental entre estas dos necesidades básicas del capital, que deben su supuesta reconciliación a las racionalizaciones ideológicas de la pseudo-ciencia económica. De acuerdo con esto, esta última no sólo inventa “el consumidor” como una entidad separada, sino que también hace aparecer al capitalista como “el productor”¹, reduciendo el papel estratégico del trabajo a un mínimo irrelevante. De tal modo refleja —de un modo invertido característico—, al tiempo que legitima, la tendencia más anti-social e inhumana del capital que es la expulsión brutal de fuerza de trabajo viva del proceso de trabajo.

En tanto la tasa decreciente de utilización puede producir salidas para la expansión del capital por medio de la dispendiosa multiplicación de bienes y servicios, así como a través del aceleramiento de la tasa de amortización de la infraestructura y la maquinaria, la tercera y más peligrosa dimensión de esta tendencia —la que afecta directamente al trabajo en tanto sujeto vivo del proceso— puede permanecer latente. De hecho, la potencialidad de esta tercera dimensión, acompañada de la explotación manipulativa de las otras dos —ambas en términos estrictamente económicos y a través del involucramiento activo del “consenso polí-

¹ Immanuel Wallerstein mantiene, desafortunadamente, una posición cercana a la apología ideológica de Weber y Parsons y no a la crítica teórica socialista. Dice, por ejemplo: “Afirmar que el *objetivo del productor* es la acumulación de capital es afirmar que buscará producir la mayor cantidad de un bien y lo ofrecerá a la venta al más alto margen de beneficio”. (Wallerstein, *Historical Capitalism*, Londres, Verso Editions, 1983, p. 20). Este no es solamente un desliz aislado y sin consecuencias. Cf. pp. 21, 22, 26, 29 y 50, del mismo libro.

tico” en los países capitalistas avanzados— puede crear la ilusión de una constante “integración” del trabajo. Como resultado, los profundos problemas estructurales del sistema socio-económico existente pueden ser conceptualizados como “disfunciones temporales” de carácter esencialmente *tecnológico*, lo cual permitiría inferir que es posible resolverlos por medio de *soluciones tecnológicas*.

Es sólo cuando se agotan las potencialidades de las dos primeras para desplazar la contradicción inherente a la tendencia decreciente de la tasa de utilización, que se activa el salvaje mecanismo de expulsión de trabajo vivo en proporciones masivas y adopta la forma de *desempleo masivo*, incluso en las naciones capitalistas más avanzadas, independientemente de las consecuencias que ello tenga para el “consumidor masivo” y de las implicaciones que el empeoramiento de la posición del consumidor en la “espiral descendente” tiene sobre el desarrollo de las economías involucradas.

Bajo tales circunstancias, cuando una proporción permanentemente creciente de trabajo vivo se transformará en “fuerza de trabajo superflua”, desde el punto de vista del capital, la “ciencia económica” apologetica descubre de pronto que ese desplazamiento de trabajo es un problema estructural y comienza a hablar acerca del *desempleo estructural*. Lo que olvida añadir, es que este desempleo masivo es estructural sólo en el contexto capitalista y que no depende del avance del proceso de producción en tanto tal. La responsabilidad, puesto que se le reconoce, se adjudica rotundamente al “progreso tecnológico” al cual, por supuesto, nadie se opone conscientemente, excepto, tal vez, la grotesca fantasía de la “economía estable”, utopía pesimista del pensamiento liberal desencantado. De este modo, gracias a la engañosa confluencia de una importante tendencia social con su escenario tecnológico, y a la arbitraria subordinación de la primera al segundo, los problemas inherentes al impacto *acumulativo* de las tres dimensiones tomadas en su conjunto, ni siquiera se toman en cuenta y mucho menos se contrarrestan en el plano de la práctica social.

Las estrategias emergentes del capitalismo

La tasa decreciente de utilización —con su peligrosa tendencia derrochadora hacia la *tasa cero*— es una de las leyes más importantes y de mayor alcance del desarrollo capitalista. Hay que enfatizar que esta ley tendencial del capitalismo cumple distintas funciones en las diferentes fases de su desarrollo. La tendencia que permite que el obrero tenga dos pares de zapatos en lugar de uno, sólo puede ser considerado como

positiva,² mientras que la emergencia del complejo militar-industrial basado en la misma tendencia es, por supuesto, un asunto totalmente diferente. Las manifestaciones destructivas de esta ley difícilmente visibles en la época de Marx se hicieron presentes con un matiz dramático en el siglo XX, particularmente durante las últimas cuatro o cinco décadas. De acuerdo con esto, la vieja idea socialista de la superación de la *escasez* a través de la producción de una *abundancia* anteriormente inimaginable requiere, a la luz de este desarrollo, de una revisión radical.

Queda fuera de discusión el que Marx haya siquiera soñado sobre el papel emergente del complejo militar-industrial como un poderoso y efectivo recurso para paliar las contradicciones internas del capitalismo. Marx describió la dinámica de la reproducción ampliada del capital —la cual, desde su punto de vista, debería generar, a pesar de las intenciones conscientes de los capitalistas individuales, las condiciones materiales para la transformación socialista— en los siguientes términos:

La gran cualidad histórica del capital es crear este trabajo excedente, trabajo superfluo desde el punto de vista del mero valor de uso, de la mera subsistencia; y su destino histórico (*Bestimmung*)³ se *cumple* tan pronto como, por una parte, ha habido tal desarrollo de las necesidades que el trabajo excedente por encima y más allá de la necesidad se ha convertido en una *necesidad general* surgiendo de las *necesidades individuales* en sí mismas —y por otra parte, cuando la severa disciplina del capital, actuando a través de generaciones sucesivas (*Geschlechter*), ha desarrollado una *industria general* como una propiedad general de la nueva especie (*Geschlecht*)— y finalmente, cuando el desarrollo de las capacidades productivas del trabajo, a las cuales el capital azuza continuamente con su ilimitada manía por la riqueza, y cuando las condiciones básicas en las cuales esta manía puede ser realizada, hayan *prosperado hasta un nivel* en el cual la posesión y preservación de la riqueza general requiera un tiempo menor de trabajo de la socie-

² Este es uno de los aspectos más significativos y un logro real de “la victoria civilizadora de la propiedad mobiliaria”. Como dice Marx: “En lugar de todos los discursos ‘pífos’ él [el capitalista] busca por todos los medios impulsarlos [a los trabajadores] al consumo, dar a sus mercancías nuevos encantos, llenarlos de nuevas necesidades con su propaganda constante, etcétera. Es precisamente esta vertiente de la relación del capital y el trabajo la que constituye un momento esencialmente civilizador, y en la cual descansan la justificación histórica, y el poder actual del capital”. (*Grundrisse*, p. 287).

³ La frase “Su determinación histórica concluye” reproduciría de manera más adecuada la expresión de Marx, que la de “su destino histórico se cumple”.

dad como un todo, al tiempo que la sociedad trabajadora se relaciona *científicamente* con el proceso de su reproducción progresiva, su reproducción en una *constantemente mayor abundancia*; es entonces cuando el trabajo de un ser humano que *puede hacer una cosa* ha cesado . . . El afán incesante del capital hacia la forma general de la riqueza conduce al trabajo más allá de su natural insignificancia (Naturbedürftigkeit), y ello crea los elementos materiales de una *rica individualidad* que es *igualmente múltiple en su producción que en su consumo* y cuyo trabajo también, por tanto, ya no aparece como trabajo, sino como el *desarrollo completo de su actividad en sí misma* en la cual la *necesidad natural* en su forma directa ha desaparecido; debido a que una *necesidad históricamente creada* ha tomado el lugar de la natural. Esta es la razón por la cual el capital es productivo, es una relación esencial para el desarrollo de las fuerzas productivas. El capital cesa de existir como tal sólo cuando el desarrollo de esas fuerzas productivas encuentran un obstáculo en el propio capital.⁴

El problema es, sin embargo, que el capital en su forma más libre —esto es, bajo las condiciones de la producción generalizada de mercancías que define y establece los límites del capitalismo— pone en movimiento no sólo grandes potenciales productivos, sino también fuerzas masivas desviacionistas y destructivas. Consecuentemente (cosa que puede sonar extraña a los socialistas), estas fuerzas desviacionistas y destructivas proveen al capital en crisis de nuevos márgenes de expansión y de nuevas maneras para superar los obstáculos que encuentra. De este modo, la dinámica interna del progreso productivo, determinada por las potencialidades objetivas de la ciencia y la tecnología, está gravemente distorsionada, de hecho fatídicamente desviada por la tendencia hacia la *perpetuación* de las prácticas capitalistas viables, sin importar lo dispendiosas y destructivas que sean, y por el *bloqueo* de aproximaciones alternativas que pueden interferir con los requerimientos fetichistas de la expansión del valor de cambio. En este sentido, “las necesidades históricamente creadas” que reemplazan a las naturales bajo las presiones de la producción generalizada de mercancías son extremadamente problemáticas ya que no solamente no anticipan la esperada emancipación socialista, sino que se le oponen activamente.

Podemos ver los dilemas involucrados —en esos desarrollos en el contexto del crecimiento del *consumo*, el cual, en teoría, tendría que ser inherentemente emancipatorio. Para citar a Marx:

⁴ Marx, *Grundrisse*, p. 325.

La producción de plusvalía relativa, es decir, la producción de plusvalía basada en el incremento y desarrollo de las fuerzas productivas, requiere la *producción de un nuevo consumo*; requiere que el ciclo del consumo dentro de la circulación se expanda tal y como lo hizo anteriormente el circuito productivo. En primer lugar, la expansión cuantitativa del consumo existente; en segundo, la creación de nuevas necesidades a partir de la expansión de las ya existentes a un amplio círculo; en tercero, la producción de *nuevas necesidades* y el descubrimiento y la creación de nuevos *valores de uso*.⁵

Sin embargo, el resultado positivo de esta interacción dialéctica entre producción y consumo está muy lejos de ser seguro, ya que el impulso capitalista para la expansión de la producción no está, en modo alguno, necesariamente ligado a las *necesidades humanas* en cuanto tales, sino sólo al imperativo abstracto de la “realización” del capital.

Naturalmente, esto último es posible en más de una forma. El proceso de la continua realización del capital, a través de la interacción dinámica entre producción y consumo en su forma histórica inicial es descrita por Marx de la siguiente manera:

Por ejemplo, si mediante la duplicación de las fuerzas productivas sólo es necesario utilizar un capital de 50 donde antes era necesario uno de 100, se libera un capital de 50 y el trabajo necesario que le corresponde; en consecuencia, para ese capital y trabajo liberado debe crearse una rama de la producción nueva y cualitativamente diferente, que *satisfaga y produzca una nueva necesidad*. El valor de la industria anterior es conservado, a través de la fundación de una nueva industria, en la que la relación del capital y el trabajo adquiere una forma nueva. De ahí la exploración de toda la naturaleza para descubrir nuevas cualidades útiles de las cosas; el intercambio universal de los productos de todos los climas y países extranjeros, y la nueva preparación (artificial) de los productos naturales, con lo cual se les da un nuevo valor de uso. La exploración de la tierra en todas direcciones, tanto para descubrir nuevos productos útiles, como para descubrir nuevas posibilidades de uso de los ya conocidos o nuevas cualidades útiles de los mismos, etc.; el desarrollo de la *ciencia natural* hasta su *punto más alto*; el descubrimiento, creación y satisfacción de *nuevas necesidades* que *proceden de la sociedad misma; el cultivo de todas las cualidades*

⁵ *Ibid*, p. 408.

del hombre social y la producción del mismo como individuo *rico en necesidades* en la mayor medida posible (pues para disfrutar muchos placeres, tiene que ser capaz de disfrutarlos, es decir tiene que ser un hombre cultivado en grado elevado) todo ello es también una *condición de la producción basada sobre el capital*. La creación de nuevas ramas de la producción, no procede tan sólo de la división del trabajo, sino también de la creación, como desprendimiento del proceso productivo existente, de un trabajo que tiene un nuevo valor de uso; del desarrollo de un sistema más integral de formas de trabajo y de producción en expansión continua, al que corresponde un *sistema de necesidades cada vez más amplio y más rico*.

Así, el capital crea tanto la sociedad burguesa y la apropiación universal de la naturaleza como los vínculos sociales entre los miembros de la sociedad. De ahí la gran influencia civilizadora del capital; su producción de una etapa social, frente a la cual todas las anteriores parecen ser simples desarrollos locales de la humanidad o idolatría de la naturaleza. Por primera vez, la naturaleza se convierte en puro objeto para el hombre, en pura materia útil. Deja de ser reconocida como poder en sí misma y el conocimiento teórico de sus leyes independientes se convierte simplemente en un recurso para someterlas a las necesidades humanas, bien como medio de consumo, bien como medio de producción. Por su propia tendencia, el capital tiende a pasar por encima de los límites y prejuicios nacionales; de la adoración de la naturaleza; de la satisfacción tradicional y restringida de las necesidades existentes y de la reproducción de los viejos estilos de vida. El capital destruye todo esto y opera una revolución constante, destrozando todos los obstáculos que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas, la ampliación de las necesidades, la multiplicación de la producción y la explotación y el cambio de las fuerzas naturales y espirituales.⁶

Desafortunadamente, sin embargo, no hay ninguna garantía de que prevalezca la potencialidad positiva que apunta hacia la transformación socialista. Desde el punto de vista de la autoexpansión del valor de cambio, la alternativa obvia para la línea de desarrollo descrita aquí por Marx es abortarla antes de que mine irremediabilmente el poder de control total del capital. Esto implica la necesidad de encontrar una estrategia de "realización" que no sólo supere las limitaciones inmediatas de la demanda fluctuante del mercado, sino que se sitúe radicalmente por

⁶ *Ibid.*, pp. 408-10.

encima de las *restricciones estructurales* del valor de uso ligado a su vez a las necesidades humanas y al consumo real. Llevar esto a cabo implica que la proporción verdadera de aspiraciones y objetivos humanos, se rechace como un intolerable obstáculo para el “desarrollo”. A partir de este momento, el camino estará completamente abierto para solucionar muchas de las contradicciones internas del capitalismo. Esto puede perdurar durante todo un periodo histórico en tanto que las nuevas salidas y modalidades de llevarlo a cabo se mantengan libres de las presiones de *saturación*, por una parte, y de las serias dificultades para asegurar los *recursos* necesarios para el crecimiento cancerígeno y cada vez más irracional del modelo de producción, por la otra.

No previsto por Marx, este cambio estructural, dentro del ciclo capitalista de reproducción, se cumple a través de la sustitución radical del *consumo* por la *destrucción*.* La razón por la cual tal cambio es completamente factible se debe a que el consumo y la destrucción resultan ser *equivalentes funcionales desde el perverso punto de partida del proceso de “realización” capitalista*. De este modo, la cuestión de si el consumo normal —es decir el consumo humano de valores de uso correspondientes a la necesidad— o el “consumo” a través de la destrucción, será el que prevalezca, se definirá en favor de aquél que satisfaga los requerimientos totales de la reproducción del capital bajo condiciones cambiantes.⁷

* “Consumption” por “destruction” (N. de T.).

⁷ En la práctica encontramos, por supuesto, una combinación de las dos, con la tendencia creciente en favor de la segunda —a saber el destructivo pseudo-consumo— en el curso del desarrollo capitalista del siglo veinte.

Rosa Luxemburgo señaló, antes que nadie, en 1913, las grandes ventajas de la producción militar para la expansión y la acumulación capitalista: “Bajo la forma de contratos gubernamentales para el aprovisionamiento de armas, el disperso poder de compra de los consumidores se concentra en grandes cantidades y libre de las *vagas y subjetivas fluctuaciones del consumo personal* logra una casi automática *regularidad y crecimiento rítmico*. El propio capital controla a la larga este automático y rítmico movimiento de la producción militarista a través de la ley y de una prensa cuya función es moldear a la llamada “opinión pública”. Esta es la razón por la cual este sector particular de la acumulación capitalista parece en principio capaz de una *expansión infinita*. Cualquier otro intento para expandir los mercados e instaurar las bases operacionales del capital dependen en gran medida de factores históricos, sociales y políticos más allá del control del capital, mientras que la producción militar representa un sector cuya expansión *regular y progresiva* parece determinada primariamente por el *propio capital*”. (Rosa Luxemburgo *The Accumulation of Capital*, Londres, Routledge, 1963, p. 466).

Desde el tiempo en que Rosa Luxemburgo describió en estos términos la “producción militarista” hemos presenciado la emergencia del *complejo militar industrial*, que constituye un fenómeno cualitativamente diferente en su relación con el Estado. Sin embargo, las determinaciones materiales básicas se conservan idénticas desde el punto de vista del proceso de realización capitalista y sólo su instrumenta-

En este aspecto, al igual que en muchos otros, el capital sigue la *línea de la menor resistencia*. En otras palabras, si encuentra un *equivalente funcional* más viable o más fácil que el curso de la acción al cual sus propias determinaciones materiales deberían tendencialmente conducirlo (es decir, a la expansión de la producción correspondiente al desarrollo de una “rica necesidad humana”, descrita por Marx) optará por lo que está obviamente más de acuerdo con su configuración estructural general, manteniendo el control que ya ejerce, en vez de buscar alguna estrategia alternativa que pudiera requerir una desviación de las prácticas bien establecidas.

De acuerdo con ello, mientras, *en principio*, es verdad que el desarrollo de la producción capitalista “requiere que el circuito de consumo dentro de la circulación se *expanda* tal y como lo hizo antes el circuito productivo”.⁸ el capital preferirá el equivalente funcional que se le presenta bajo la forma de una *aceleración* de la velocidad de la circulación —incrementando el número de transacciones dentro del circuito existente— en lugar de la más complicada y riesgosa aventura de expandir el circuito en sí mismo. Si bien otras medidas podrían tener el mismo resultado, éste es el camino más fácil desde el punto de vista del capital. En primer lugar, porque la expansión del circuito de consumo lleva consigo la difícil tarea económica de establecer una más elaborada red comercial que se extienda sobre áreas anteriormente no cubiertas; y, en segundo lugar, porque la operación de un circuito de consumo mayor involucra un delicado movimiento en el patrón prevaeciente de distribución, con todas sus complicaciones políticas e ideológicas. (En el caso de Inglaterra es interesante advertir el agudo contraste que existe entre el consumo restringido, tal y como fue manejado por el paternalismo victoriano —conservador o liberal—, y el gran circuito de consumo ampliado de la era de la posguerra, con su *política de consenso*.)⁹ De este modo, sólo cuando el curso correspondiente a “la línea de menor resistencia” es incapaz de ajustarse a los requerimientos del desarrollo capi-

ción asume ahora una forma más avanzada; económicamente más flexible y dinámica, así como ideológicamente menos transparente y por ende, políticamente menos vulnerable.

⁸ Marx, *Grundrisse*, p. 408.

⁹ Del mismo modo, una presión objetiva mayor en la dirección opuesta trae consigo el fin del consenso político y tiene que legitimar los ataques a los fundamentos materiales del *welfare state* —implicando una vez más, un movimiento en el patrón de distribución aunque esta vez de un tipo restrictivo, sobre bases neoconservadoras más agresivas. Por tanto no es de ningún modo accidental que cobren fuerza las recientes racionalizaciones ideológicas del capital que abogan con entusiasmo por el “retorno de los valores victorianos”; síntomas, al fin, de una crisis estructural de una intensidad acumulada.

talista, es cuando se buscarán las alternativas, a fin de *desplazar* las contradicciones subyacentes, y de este modo prevenir la activación de las potencialidades liberadoras inherentes a la “socialización de la producción” tan esperanzadamente contemplada por Marx.

Lo mismo vale para la relación entre *plusvalía absoluta y relativa*. Sin duda, al ver hacia atrás, parece obvio que el dinamismo del desarrollo capitalista no pueda explicarse sin su más sofisticado motor de explotación: la producción de plusvalía relativa. En contraste, la extracción de plusvalía absoluta debe aparecer no sólo tosca, sino también dispendiosa e ineficiente. Sin embargo, dos consideraciones fundamentales son omitidas a partir de ese razonamiento, ambas de vital importancia en relación al “subdesarrollo”.

Primero, que *históricamente* la expropiación despiadada de plusvalía *absoluta*, aun en su forma más cruel,¹⁰ es el punto de partida necesario y el fundamento material para la más refinada y también ideológicamente más desconcertante forma de explotación capitalista. En otras palabras, la producción y apropiación de plusvalía relativa en una escala continuamente creciente (en vista de su modo específico de reproducción) necesariamente presupone, no sólo conceptualmente, sino también en términos históricos reales, su actual constitución material; es decir su *producción* original a través del mecanismo de explotación comparativamente más transparente de la plusvalía absoluta.

Segundo, que incluso a una distancia considerable de la fase histórica de la “acumulación originaria”, el movimiento hacia el predominio de la plusvalía relativa (y no puede hablarse sino de su predominio, ya que la práctica de la sobreexplotación del trabajo permanece en el capitalismo incluso en su nivel más “avanzado”, no importa que tan “ilustrada” sea su legislación laboral) no es definitivamente el resultado de algún “progreso natural”, a pesar de las mistificaciones autocomplacientes de las inspiradas teorías desarrollistas de la “modernización”. Por el contrario, este movimiento es el resultado de fuertes luchas y confrontaciones extremas que eventualmente alcanzan a romper —en este terreno particular, sin afectar a otros— la habilidad del capital para seguir la línea de la menor resistencia, incorporando *materialmente* las concesiones ganadas dentro de las prácticas productivas y las estructuras institucionales de la sociedad capitalista.¹¹

¹⁰ Ver al respecto la discusión de Marx sobre la llamada “acumulación originaria del capital” en la sección VIII de *El Capital*.

¹¹ En oposición a los mitos del voluntarismo político es importante subrayar que estas concesiones, acompañadas de su incorporación institucional, son factibles en el momento de su adquisición porque coinciden con los intereses de los sectores más dinámicos del capital social. Como hecho de interés histórico cabe mencionar

Naturalmente, cuando este movimiento se cumple efectivamente, bajo la presión de importantes determinaciones políticas y económicas, *ipso facto*, la línea de menor resistencia del capital se redefine significativamente. De este modo, la incorporación objetiva de las “concesiones” —a través de un complejo mecanismo de “retroalimentación” —dentro de un conjunto flexible de prácticas productivas dinámicas e institucionalmente garantizadas, aumenta considerablemente las fronteras de la expansión capitalista.¹² El poderoso imperativo expansionista de tales desarrollos favorece, por un determinado periodo, la exitosa instrumentación de estrategias económicas, incluso de tipo keynesiano que funcionen temporalmente como denominadores comunes de intereses de clase estructuralmente opuestos y finalmente irreconciliables.

Pero aun así, la amenaza de reveses contraccionarios y de colapsos, bajo el nombre de “monetarismo” o cualquier otro, está siempre presente, incluso en los países capitalistas más avanzados, prefigurando la necesidad de intensificar también la tasa “metropolitana” de explotación bajo las circunstancias de una gran crisis. (En tales momentos, cuando las demandas del trabajo no pueden ser ya contenidas en los estrechos confines de la protesta por la distribución relativa de la plusvalía exis-

que estos últimos tienden a actuar bajo esta línea; por ejemplo, el ala “reformista” de la burguesía que se alía temporalmente con la clase obrera para continuar la implantación general de condiciones de trabajo más tolerables. De hecho, a través de la introducción de reformas obligatorias uniformes, el ala “ilustrada” de la burguesía obtiene para sí misma ventajas competitivas considerables contra los sectores menos dinámicos y adaptables de su propia clase. Más aún, ya que el ala reformista representa la parte más avanzada de la burguesía, su interés parcial coincide con los intereses de la clase como un todo en una fase altamente expansionista de su desarrollo. De este modo, el capital como totalidad, apoya a sus “guardianes ilustrados” de la legislación laboral, debido a que su actitud favorece el movimiento hacia el predominio de la plusvalía relativa. Esto lo hace, no sólo porque pueda asumir el riesgo de realizarlo de manera segura, sino también porque las nuevas prácticas productivas incrementan su propio poder y ayudan a la realización de sus potencialidades objetivas para un inimaginable crecimiento y expansión global.

Todo esto es subrayado no para negar la importancia de la política radical sino para identificar mejor sus metas estratégicas. En el momento del paso hacia el predominio de la plusvalía relativa, así como por un largo periodo histórico posterior, la confrontación entre trabajo y capital puede ser engañosamente diferente, reducida al regateo sobre las porciones de un pastel que sigue creciendo, sin que ese regateo afecte en lo más mínimo la viabilidad del capital como *fuerza de control* de la sociedad. La situación cambia radicalmente, no obstante, en épocas de *crisis estructural*, cuando el capital no está en posición de hacer concesiones, lo cual puede simultáneamente trocarse en beneficio propio. En tales épocas la confrontación social concierne a la cuestión del *control* en cuanto tal, y no meramente a la participación relativa de las clases contendientes en el producto social total.

¹² Las estrategias políticas de la socialdemocracia y sus instancias sindicales en Europa, así como las de Estados Unidos y Japón, fueron factores esenciales para el desarrollo socioeconómico de los países capitalistas avanzados en la posguerra.

tente: desde el punto de vista del trabajo, ésta se convierte en una lucha sin esperanza contra la necesidad de adecuados márgenes de beneficio para asegurar la inversión y la expansión. Por consiguiente, bajo las condiciones de crisis estructural las ganancias defensivas —normalmente adecuadas dentro de los márgenes de ganancia excedente— ya no son factibles, y el objetivo de la confrontación social se transforma radicalmente para impugnar la alternativa hegemónica entre el capital y el trabajo como modos diametralmente opuestos de control de la reproducción social).¹³

Además, la continua expropiación de la plusvalía absoluta continúa siendo un irremplazable elemento de la dinámica de expansión en la historia del desarrollo capitalista, incluso en sus fases menos problemáticas. Esto es muy evidente en la utilización de horarios extraordinarios de trabajo, de los trabajadores inmigrantes, los *Guestarbeiters**, los trabajadores a destajo en su domicilio, etcétera, en los países capitalistas avanzados. Ello sin mencionar los inmensos beneficios materiales que estos últimos continúan obteniendo del resto del mundo, mediante la extracción de grandes cantidades de plusvalía, a la tasa de explotación más alta posible.

En cuanto a las naciones “subdesarrolladas”, sus estrategias de “modernización” son nulificadas no sólo por la crónica insuficiencia de la “acumulación originaria”, sino también por la grave condición de que no son capaces de escapar de la camisa de fuerza de la plusvalía absoluta como el regulador asfixiante de su metabolismo socioeconómico. Y en la medida en que esas naciones no están en capacidad de colonizar ni saquear, ni mucho menos realizar una explotación sistemática sobre las naciones “avanzadas”, la persistente inadecuación de la acumulación de capital unida a la preponderancia de la plusvalía absoluta constituye un auténtico círculo vicioso que impide su desarrollo.

Todo esto no es tan simple como algunas teorías de la dependencia pudieran sugerir, puesto que, si bien es completamente cierto que la circularidad paralizante de las dos deficiencias fundamentales arriba mencionadas representan un apabullante factor socioeconómico con consecuencia *estructuralmente* retardatarias, también lo es que en situación de

¹³ Un ejemplo de las condiciones cambiantes y de la respuesta del capital hacia ellas es el decreto de las leyes antisindicales en Gran Bretaña, que intentan destruir a los combativos sindicatos a través de la salvaje medida del secuestro total de sus fondos, como se advirtió en las disputas de la Unión Nacional de Mineros y de los sindicatos de impresores (SOGAT y NGA). Tales medidas redefinen brutalmente el significado de las “disputas industriales” colocando a los sindicatos tradicionales —aun los dirigidos por líderes políticamente conscientes— en una posición extremadamente débil.

* *Guestarbeiters*: braceros, trabajadores extranjeros por temporada.

posguerra la total complicidad de las clases gobernantes locales para preservar y producir la paralizante estructura del subdesarrollo crónico constituye un aspecto fundamental del proceso.

Ciertamente, la segura explotación neocolonial de plusvalía absoluta se adecúa perfectamente a los intereses del “capital metropolitano” y a su insaciable apetito por obtener super-beneficios fácilmente repatriables, de acuerdo con la estrategia de menor resistencia. Sin embargo, no hay que olvidar que la “modernización” neocolonial del sistema capitalista de producción que mantiene en el “tercer mundo” la ya anacrónica preponderancia de la plusvalía absoluta, también conviene a los intereses del capital “subdesarrollado” y a *su propia* estrategia de menor resistencia. Es precisamente sobre la base de esta identidad de intereses, que los diferentes sectores del capital pueden operar con éxito, en total complicidad uno con el otro.

La importancia de estos desarrollos en nuestro contexto —tanto en lo que respecta a la exitosa manipulación del “círculo de consumo” como a la continua extracción de plusvalía absoluta— radica en el considerable crecimiento del margen de maniobra del capital y en el correspondiente aplazamiento de la maduración de las contradicciones internas. El hecho de que la acumulación del capital pueda continuar por medio de una más intensa explotación de plusvalía absoluta y relativa, y que al mismo tiempo el propio capital se encuentre lejos de ser inexorablemente conducido a “aumentar la periferia de la circulación”¹⁴, significa que los límites de su expansión han crecido considerablemente y que las condiciones para una saturación de la estructura capitalista respecto a las operaciones rentables, se ha redefinido cualitativamente. Por supuesto, tal cambio, a su vez, significa que las tendencias que apuntan hacia la necesidad de una alternativa socialista están efectivamente bloqueadas, en tanto que estas nuevas condiciones prevalezcan y posibiliten que el capital mantenga el control sobre el metabolismo socioeconómico, gracias a la adecuada redefinición de la línea de menor resistencia.

Este es el punto en el que podemos observar claramente el significado vital de la tasa decreciente de utilización en el desarrollo capitalista del siglo veinte. En tanto que la tasa decreciente pueda intensificar con rentabilidad el proceso de circulación incrementando el número de transacciones en circuito dado, no hay razón alguna para correr el riesgo de “aumentar la periferia de la circulación”. En consecuencia, vastas porciones de la población pueden ser tranquilamente ignoradas por los desarrollos capitalistas, incluso en las naciones “avanzadas”, sin mencionar el resto del mundo preso en un estado de subdesarrollo forzado.

¹⁴ Marx, *Grundrisse*, p. 408.

Además, la continua extracción de plusvalía absoluta al complementarse con avances productivos¹⁵ cada vez mayores, asegura que, en tanto resulte necesario expandir el círculo de consumo en las naciones capitalistas occidentales, el capital no necesitará enfrentar las potencialmente catastróficas consecuencias de la tasa decreciente de ganancia, efectivamente desplazadas por la operación combinada de la tasa decreciente de utilización con el despiadado mecanismo de extracción de plusvalía absoluta que recompensa adecuadamente al propio capital.

Por otra parte, puesto que la tasa decreciente de utilización abre posibilidades radicalmente nuevas para la expansión del capital, adquiere un papel muy especial en el proceso de realización del capitalismo “avanzado”. En primer lugar, en virtud de su habilidad para tratar con las presiones que surgen de la interacción entre producción y consumo, debida a los estrechos límites de una determinada periferia de la circulación, la tasa decreciente de utilización funciona como el irremplazable *medio* para llevar a cabo la reproducción requerida en escala *acrecentada* mientras frena artificialmente la tendencia a aumentar el propio círculo de consumo. Sin embargo, en la medida en que la totalidad del proceso de reproducción depende cada vez más de la tasa decreciente de utilización, se convierte en *un fin en sí misma*, puesto que promete la posibilidad de expansión *ilimitada*, bajo el supuesto de que la misma tasa puede reducirse sin encontrar obstáculos.

Sin importar lo absurdo de este supuesto en cuanto a sus implicaciones finales, las prácticas productivas asociadas con él constituyen una poderosa base operacional para los desarrollos capitalistas bajo circunstancias en las que otras alternativas de acción sólo intensificarían las contradicciones del capital. La intención y el principio orientador de la producción es entonces: ¿cómo asegurar la *máxima* expansión (y la correspondiente rentabilidad) sobre la base de una tasa de utilización *mínima* que garantice la continuidad de una reproducción ampliada? Evidentemente, la adopción de tal propósito —que se afirma espontáneamente a sí mismo como un imperativo real y una tendencia de la producción capitalista en compañías particulares y ramas de la industria, antes de ser conceptualizado e instrumentado en una escala comprensiva a través de la intervención directa de diversos órganos estatales— favorece la emergencia y el crecimiento de los tipos de empresa eco-

¹⁵ Como lo testimonia la muy difundida “transferencia tecnológica” capitalista al “Tercer Mundo”, es posible combinar los más altos índices de productividad con las más altas tasas de explotación (horarios de trabajo inhumanos y las peores prácticas de extracción de plusvalía absoluta) que arrojan increíbles beneficios y amortizaciones de la inversión de capital a las metrópolis en donde las formas de explotación serían totalmente inconcebibles.

nómica que respondan a los requerimientos de este proceso con el máximo dinamismo y eficacia. Bajo el impacto de tales determinaciones, la tendencia inevitable del desarrollo capitalista no se da hacia el aumento en los límites de la periferia de la circulación, sino, al contrario, hacia la restricción artificial del círculo de consumo y la exclusión de las masas “subprivilegiadas” tanto en las naciones avanzadas como en el “Tercer Mundo”, de acuerdo con la ley de la tasa decreciente de utilización.

El papel del complejo industrial-militar

El problema de cómo combinar la máxima expansión posible de capital con la mínima tasa de utilización, constituía un nudo gordiano que pudo ser roto gracias a la industria militar que sustituyó varios intentos fallidos para tratar con los problemas de la sobreproducción del modo menos oneroso después de la crisis económica mundial de 1929-33. Si bien las primeras acciones para solucionar los problemas de sobreproducción mediante la industria militar, fueron adoptadas alrededor de la Primera Guerra mundial, como puede observarse en las proféticas reflexiones de Rosa Luxemburgo, su adopción *general* ocurrió sólo después de la Segunda Guerra. De este modo, los líderes del capitalismo occidental tomaron el ejemplo del “milagro económico” que después de 1933 impulsó Hitler y lo adaptaron a las realidades sociopolíticas de sus instituciones liberales-democráticas.

Sus propios intentos para superar la crisis mediante las estrategias combinadas de la manipuladora “demanda administrada” (de aquí el auge prominente de Madison Avenue) por una parte, y de la intervención estatal del tipo *New Deal* por otra, habían sido por completo incapaces de resolver el problema del desempleo masivo y la depresión, hasta que los requerimientos expansionistas del esfuerzo bélico redefinieron radicalmente el esquema global de la actividad económica.

Además, y a pesar de todas las autocomplacientes mitologías keynesianas y neo-keynesianas, el verdadero terreno material de la expansión de la posguerra fue el dinamismo del complejo militar-industrial ya existente (si bien lejos de haber obtenido una extensión completa) en la época de los acuerdos de Bretton Woods, los cuales sólo contribuyeron a reafirmarlo. De este modo, las diversas estrategias del keynesianismo sólo *complementaron* la irresistible expansión del complejo militar-industrial, y no se aplicaron independientemente (esto debería ser una advertencia para los interesados en las estrategias económicas alternativas para el futuro). Después de todo, la teoría keynesiana estaba ya completamente desarrollada en la etapa inmediatamente posterior a la

crisis de 1929-33 (y en sus líneas generales, aún mucho antes) pero pese a las verdaderamente excepcionales conexiones del autor con el *establishment* permaneció como un grito en el desierto en ausencia de una forma adecuada de instrumentación estatal, que, aunque costosa, fuera un elemento dinámico e ideológicamente respetable.

La gran innovación del complejo militar-industrial para las estrategias capitalistas fue borrar la distinción fundamental entre *consumo* y *destrucción*. Esta “innovación” ofreció una solución radical a la contradicción inherente al valor autopostulado así como a todas sus formas. Esta contradicción nos remite a la necesidad de superar a toda costa las *barreras* de la riqueza autoexpansiva para que el valor concebido como una fuerza operativa independiente, pueda realizarse de acuerdo con su naturaleza objetiva. Esta es la razón por la que en la Roma imperial, como Marx indicaba, el valor alienado e independiente en tanto que “riqueza orientada al consumo” aparece como *gasto ilimitado*, que, lógicamente tiende a elevar el consumo hacia un infinito imaginario al que Marx se refiere como “engullir ensalada de perlas”¹⁶.

El problema en cuestión es doble. En primer lugar, concierne a los *recursos limitados* de la sociedad y por tanto a la necesidad de legitimar su distribución. En segundo, tiene que ver con el *consumidor* en tanto tal, esto es, con todas las *limitaciones de sus apetitos* naturales, socio-económicos y culturales. En tanto que esto ocurre, el complejo militar-industrial se dirige con éxito hacia ambas determinaciones fundamentales ya que, por lo que se refiere a la primera dimensión, la alimentación con “ensalada de perlas”, que resultaría un desperdicio decadente, es sustituida por un gasto ilimitado que “engulle” recursos equivalentes a billones de tales ensaladas a través de los años —mientras que millones de seres humanos tienen que soportar la inanición como su “destino” inexorable, que se legitima con éxito como un deber patriótico.

De manera similar, en relación al segundo aspecto vital, el complejo militar-industrial consigue alterar las determinaciones tradicionales del círculo de consumo limitado por el propio apetito del consumidor. La industria militar corta el embrollado nudo gordiano del capitalismo “avanzado” reestructuando el esquema de la producción de manera que se altere la necesidad de consumo real. En otras palabras, incorpora una masiva y cada vez más grandes porción de material humano y de recursos sociales a una forma de producción parasitaria y autónoma que está radicalmente separada de las necesidades humanas y, de hecho, tan opuesta a ellas, que su propia racionalidad conduce como último fin a la total destrucción de la humanidad.

¹⁶ Marx, *Grundrisse*, p. 270.

Es necesario enfatizar que el capital no optó accidentalmente por soluciones estructuralmente incorporadas a la articulación institucional y a las prácticas productivas militar-industriales. Por el contrario, nos encontramos aquí con determinaciones e imperativos que culminan en las soluciones que acabamos de apuntar, emergen originalmente en una muy temprana etapa del desarrollo capitalista, aunque de diferente forma. Esto, porque el capitalismo, al estar construido sobre la insoluble contradicción entre el valor de uso y el valor de cambio, implica la necesaria subordinación del primero al segundo. Esta contradicción se manifiesta, desde el principio, como un problema de *legitimación* al cual los apologistas del injusto sistema capitalista del “individualismo posesivo” ofrecen como solución bajo sofismas y mistificaciones, desde la intelectualizada deducción y legitimación del uso explotador del dinero y el “consenso tácito” ideado por el padre fundador del liberalismo, John Locke, hasta la ficticia “soberanía del consumidor” de la llamada “teoría de la utilidad marginal”.¹⁷

De manera similar, el obstáculo constituido por las limitaciones prácticas de los apetitos del consumidor, es resentido y relegado, en la medida de lo posible, a través de la historia del capitalismo (intentos de este tipo, de hecho, crecen en una intensidad paralela al desarrollo de las

¹⁷ Anatole France define y fustiga con ironía la espuria libertad e igualdad de una sociedad liberal-democrática, como la prohibición legal aplicada a todos, sin ninguna discriminación, de dormir bajo los puentes. La ironía real es, por supuesto, que los apologistas del orden social capitalista afirman con toda seriedad el mismo criterio esencial. De este modo, Locke, en un intento por apuntalar su vacío concepto de *consentimiento tácito*, con el fin de legitimar la total sujeción a lo dispuesto por el sistema político que sirve a los intereses de la clase dominante, fuerza las nociones de *propiedad* y *posesión* al punto en que deja de importar “si esta posesión de la tierra es de él y de sus herederos para siempre, si es un alojamiento por tan sólo una semana, o si apenas se viaja libremente por la carretera, y el consentimiento del gobierno se da por el sólo hecho de estar dentro de sus territorios”. (Locke, *Dos tratados sobre el gobierno civil*, México, Ed. Aguilar, libro II, párrafo 119, p. 91).

En las raíces de esa agresiva racionalización de Locke sobre las relaciones de poder establecidas, encontramos un sofisma igualmente apologético a través del cual logra “deducir” lo correcto de la distribución desigual de la riqueza. Para ello requiere de una maestría sofisticada porque el abismo entre su punto de partida —el reconocimiento de que “el trabajo otorga en principio el derecho de propiedad” (*Ibid*, Libro I, par. 45)— y el objeto de su apología legitimadora (que presupone la total sujeción y explotación del trabajo) no puede ser mayor. Pero en tanto que la ficción del “consentimiento tácito” lo ayuda a salir de las dificultades de la legitimación política, en el contexto de las relaciones de propiedad establecidas, el postulado de “un consentimiento común para el uso del dinero” y del “consentimiento mutuo” (*Ibid*, par. 47) hacia los beneficios generales del dinero vienen a su rescate. A partir de ese postulado podría concluirse convenientemente que “es claro que el consentimiento de los hombres ha acordado la desigual y desproporcionada posesión de la tierra” (*Ibid*, par. 50).

potencialidades productivas del capitalismo, como lo testimonia el significativo viraje de la "ética protestante del trabajo" y su condena del "lujo" hacia las prácticas de la "obsolescencia planificada").

Lo que es seguro, es que al respecto, la oposición del capital hacia sus propias limitaciones tiene que asumir una forma contradictoria. De aquí la enérgica aprobación de mayores salarios para los trabajadores de *otros capitalistas* que crea los necesarios compradores de lo que se tiene para vender, así como la exaltación de las virtudes del control salarial en nombre de la "efectividad de costos" y del "correcto manejo doméstico", que no es sino la mojonada racionalización de los intereses particulares de la clase dominante, convertidos en valores universales. Puesto que la expansión del valor de cambio es la preocupación fundamental de esta sociedad, todo tipo de mistificaciones son usadas para aparentar que la creciente producción de valores de cambio, no importa que tan costosa sea, están en total acuerdo con los principios de la "racionalidad económica" y que corresponde a una "demanda real".

Así, la cuestión del *uso real* es conjurada; por el mero acto de la *transacción comercial* se convierte en el único criterio relevante de "consumo"; de aquí que se trastocan de manera característica los conceptos de *uso* y *cambio*. Lo mismo que sucede con la autocomplaciente y mistificadora equivalencia del *productor* con el *capitalista*, por medio de la cual se elimina del escenario al molesto productor real; al trabajador, acontece con la falsa identificación entre comprador y "consumidor".

Gracias a esta última mistificación, dos problemas delicados son convenientemente resueltos de un solo golpe. En primer lugar se evita la discusión sobre si existe un consumo real que corresponda a las necesidades humanas y que sea posterior al paso preliminar de la transacción "contractual" y a que el propio acto de transferencia de la mercancía a un nuevo propietario a cambio de dinero para reinvertir, completa el circuito de la reproducción ampliada de capital. En segundo, las mercancías pueden ser proporcionadas en cantidades masivas sin ninguna dificultad o justificación, ya que el acto de compra en sí mismo puede, en principio, "consumir" una *ilimitada* cantidad de bienes (sin consumir en realidad *absolutamente nada*) por el hecho de que no está necesariamente atado a los apetitos limitados de los seres humanos.

En este sentido, no es de ningún modo accidental que Locke se preocupe tanto en efectuar una rápida transición del uso real al que considera limitado y dispendiosamente circunscrito a las determinaciones naturales como es evidente tanto en lo precedido de los objetos de consumo como en la limitación de los apetitos humanos en sí mismos— hacia el pseudo-consumo que emana del "uso del dinero por acuerdo común"

el cual, según Locke, constituye el punto de partida para la acumulación y el atesoramiento de la riqueza, de modo que "un hombre pueda legítimamente y sin perjuicio, poseer más de lo que pueda usar a través de su equivalente en oro y plata, los cuales pueden continuar por largo tiempo en su posesión sin echarse a perder."¹⁸ De hecho, el poner el carro delante del caballo, Locke puede incluso desfigurar la artificial e inequitativa práctica de acumular riqueza social y excluir a otros de sus beneficios, como si estuviera en completo acuerdo con la naturaleza y emanara directamente de ella. Al respecto, argumenta que: "Cuando un hombre encuentra algo que tenga el uso y el valor del dinero entre sus vecinos, comenzará dentro de poco a aumentar sus posesiones".¹⁹

El complejo militar-industrial no sólo perfecciona las formas en las que el capital puede manejar todas sus limitaciones y contradicciones estructurales, sino que también lleva a cabo "un salto cuantitativo", en la medida en que el alcance y el tamaño absoluto de sus operaciones rentables se vuelven incomparablemente mayores de lo que podía concebirse en los primeros niveles de desarrollo capitalista. Este salto crea soluciones antes inimaginables, modificando cualitativamente la relación de fuerzas en favor del capital durante un periodo directamente proporcional al tamaño de las soluciones productivas de nueva creación.

Si la mistificación de los primeros estadios se parecen a los toscos métodos del tendero tramposo (que podían descubrirse con relativa facilidad), sus equivalentes en el capitalismo "avanzado" son sólo comparables con una gigantesca estafa multinacional en la cual se manipularán sumas a través de un enjambre de computadoras y en la que transacciones aun más fraudulentas se controlarán gracias a una red institucional ideológicamente bien entretrejida, en la cual, las actividades del desfalgador, el cajero, el auditor, el legislador y el juez se convierten en una sola.²⁰

¹⁸ Locke, *Op. cit.*, Libro I, par. 50.

¹⁹ *Ibid*, par. 49. Su descripción, en el párrafo 48, de una imaginaria isla desprovista de objetos naturales "adecuados para tomar el lugar del dinero", sirve a los mismos propósitos de crear una justificación "natural" para las relaciones establecidas de desigualdad creadas por el hombre y garantizadas institucionalmente.

²⁰ Al respecto, habla por sí mismo el relato de cómo fue impuesto ese elefante blanco tecnológico y permanente productor de pérdidas, el anglo-francés *Concorde*, a los electores "soberanos" por los gobiernos manipuladores de ambos lados del canal de la Mancha que prometieron inicialmente que el costo total no excedería los 165 millones de libras mientras se comprometía con un gasto diez veces mayor (y por supuesto, aún en aumento, con cada año de operación subsidiada). Ello sin mencionar los aún más lucrativos y "optimistamente subestimados" contratos de defensa, los cuales pueden ser ocultados al examen público por reservas legalmente fundamentadas que protegen las prácticas fraudulentas del complejo militar-industrial en nombre del "interés nacional".

Por consiguiente, si una porción mayor de recursos es abiertamente asignada a la producción superflua y la producción de los medios de destrucción se iguala con la producción como tal, todo esto se efectuara con el inobjetable propósito de “abrir las necesarísimas nuevas fuentes de trabajo”. Ya no es necesario considerar las dificultades propias de las limitaciones de los apetitos humanos y el ingreso personal; porque el consumidor ya no es simplemente la suma disponible de las limitaciones individuales. De hecho, gracias a la significativa transformación de las estructuras productivas dominantes de la sociedad capitalista de la posguerra, paralela al correspondiente reacomodo de su relación con el Estado capitalista (tanto por motivos económicos como para asegurar la necesaria legitimación ideológica-política), supuesto, productor-comprador-consumidor es nada menos que la “nación entera”.

Esta es otra innovación fundamental que trae consigo el complejo militar-industrial, puesto que, en tanto la tergiversación inicial del *comprador* como *consumidor* podía sólo hacer a un lado la embarazosa cuestión de los apetitos humanos y de los requerimientos tradicionales de la producción de bienes destinados a responder a tales apetitos, no era adecuado ofrecer soluciones respecto a las limitaciones financieras ligadas a la “soberanía” del consumidor individual que frustraran las necesidades expansivas del proceso de realización capitalista. Sólo “la nación” podía prometer la satisfacción de la doble necesidad de proporcionar, por una parte, un fondo inagotable capaz de hacer posible la incrementada autorreproducción del capital y, por la otra, un barril sin fondo, para absorber todo el spendio resultante.

Las consecuencias de los cambios y las perversas innovaciones estudiadas en las páginas precedentes, no podrían ser más perturbadoras respecto a las anticipaciones positivas expuestas en los *Grundrisse*. De hecho, si hacemos una lectura optimista de la explotación conceptual de las potencialidades productivas del capital realizada por Marx, probablemente terminaremos con una imagen gravemente distorsionada de las actuales tendencias de desarrollo. Esto, porque en el curso del último siglo, y particularmente en el periodo de la posguerra, la línea de menor resistencia del capital fue reconstituida de tal modo que la expansión de la circulación periférica y el crecimiento del valor de uso correspondiente a las necesidades humanas, ya no es más un requerimiento de la reproducción ampliada. Por el contrario, gracias a las transformaciones y ajustes estructurales que hemos visto más arriba²¹, se

²¹ Es importante subrayar la necesidad de elaborar definiciones precisas históricas, económicas y políticas al respecto, ya que las proverbiales “otras cosas” no son nunca realmente iguales. De aquí que los intentos para nulificar los derechos

vuelve posible neutralizar o al menos limitar significativamente los derechos sobre los márgenes de la plusvalía relativa adquiridos anteriormente por los trabajadores, incluso los países capitalistas avanzados sin poner en peligro el proceso de realización capitalista. Después de todo, no debemos olvidar que el complejo militar-industrial contra el estado de bienestar no es solamente una escandalosa *contradicción* del capitalismo contemporáneo; es simultáneamente una efectiva solución aunque de ningún modo sea permanente, para algunas de las contradicciones de la autorreproducción del capital, bajo la forma acostumbrada de su desplazamiento. La reciente combatividad y el éxito conseguido por la llamada “derecha radical” —esta archiconservadora legitimación ideológica de la política de los intereses dominantes— indican tanto la urgencia de las determinaciones subyacentes, como la habilidad del orden dominante para seguir un curso que revierta la tendencia de la posguerra a “agrandar la periferia de la circulación” sin interrumpir, por lo menos hasta el momento, el metabolismo socioeconómico del capitalismo occidental.

Dado que el capital como tal está totalmente desprovisto de un marco de referencia significativo para el hombre y actúa en relación a sus objetivos de producción autoexpansivos, el paso de la “producción orientada al consumo” hacia el “consumo a través de la destrucción” puede instaurarse sin una dificultad mayor en el plano de la economía al mismo tiempo que se eliminan los obstáculos a la necesaria racionalización ideológico-política y a la legitimación de tales cambios mediante la manipulación de la “opinión pública” y el control de los medios de comunicación masiva por parte de los intereses privados dominantes y del Estado capitalista. Por otra parte, el método para resolver problemas acumulados a través de la activación de mecanismos destructivos no es en absoluto algo radicalmente nuevo que aparezca con el desarrollo reciente del capitalismo. Por el contrario, esa fue precisamente la manera en que el capital ha conseguido, a lo largo de su historia, salir con éxito de las situaciones de crisis mediante la brusca destrucción de unidades de capital excedentes y no rentables, para incrementar convenientemente la concentración y la centralización del capital y, de esta manera, reconstruir la rentabilidad completa del capital social. La innovación del capitalismo “avanzado” y de su complejo militar-industrial

laborales tempranamente adquiridos, deben contar con algunos obstáculos importantes, tanto en el plano de la lucha sociopolítica como en el de la dinámica inmanente de las propias determinaciones económicas. Sin embargo, no es posible hacer un detallado juicio de estos temas; bástenos señalar que, debido a algunos importantes cambios estructurales en el siglo veinte, ha sido posible, *en principio* contemplar, en el presente, las más drásticas inversiones de las tendencias anteriormente discutidas en favor del capital.

consiste en que ahora la práctica que sirvió originalmente en casos excepcionales y de emergencia, *se generaliza* y se convierte en el *modelo de normalidad* para la vida cotidiana de todo un sistema encaminado a la producción para la destrucción, en conformidad con la ley de la tendencia decreciente de la tasa de utilización hacia la *tasa cero*.

Producción, consumo y administración de la crisis

Esta normalidad recién asumida por el sistema capitalista capacita a éste para desplazar (pero, por supuesto, no para eliminar) la contradicción fundamental del capital desarrollado: la sobreproducción. Gracias a la habilidad del complejo militar-industrial para imponer sus necesidades a la sociedad, es posible poner en práctica, aunque sea en forma manipulada, los viejos buenos deseos de la economía política burguesa: la identidad de la oferta y la demanda. Marx se ocupó correctamente de los economistas políticos que trataban de conjurar la contradicción entre producción y consumo sugiriendo que “oferta y demanda son idénticas, y debería, por tanto, corresponder necesariamente. La *oferta*, es, según se afirma, una *demanda medida por su propio monto*”.²² Sin embargo, lo que los economistas políticos pudieron sólo soñar es exitosamente instrumentado *por decreto* de un complejo militar-industrial todopoderoso que actúa en concordancia con el estado capitalista. De este modo, ambas, oferta y demanda, son cínicamente relativizadas hasta hacer posible la legitimación de la *oferta actual* por una *demanda ficticia*. Como resultado, la oferta en cuestión —no importa que tan dispendiosa, peligrosa, indeseable y destructiva sea— se impone forzosamente a la sociedad por poderosos dispositivos legales y se convierte en suprema demanda de la nación, efectivamente “medida por su propio monto”²³ y protegida por el obsequioso Estado contra todas las limitacio-

²² Marx, *Grundrisse*, p. 441.

²³ Uno de los aspectos más siniestros de la habilidad del complejo militar-industrial para “medirse a sí mismo por su propio valor” y transformar su oferta letal en su correspondiente demanda, es el florecimiento de las dictaduras militares en el “Tercer Mundo”, bajo la tutela —y en ocasiones la intervención directa— de las grandes “democracias liberales” occidentales. Lejos de ser sorprendente o paradójico, ello revela una conexión entre ambas. Ya que el complejo militar-industrial del capitalismo desarrollado requiere urgentemente de salidas económico-militares las cuales no puede asegurarse —por una serie de razones que no pueden ser discutidas aquí— dentro de los confines y modalidades de la legitimación de su propia base nacional. De este modo, pese a la retórica de los “Derechos Humanos” y la “Alianza para el Progreso”, estamos frente a una relación de *complementariedad* esencial en la que la perniciosa oferta del complejo militar-industrial “avanzado no puede generar internamente la requerida “demanda efectiva” en una escala conti-

nes. Defendida, incluso, del criterio capitalista del “cálculo racional de costos” mediante los incrementos anuales --a prueba de inflación-- al presupuesto militar a costa del conjunto de los servicios sociales y de las necesidades humanas reales.

Así, el capital adquiere una nueva forma de manejar las determinaciones objetivas del desarrollo socioeconómico, incluyendo sus propias contradicciones en el plano de la crucial interacción entre producción y consumo, de manera tal que las más severas implicaciones de este último por la erupción de crisis se minimicen a lo largo de todo un periodo histórico. De acuerdo con esto, la puesta en marcha de los mecanismos de destrucción y su explotación científica, que corresponden a la política de menor resistencia del capital en oposición directa con la expansión del valor de uso humanamente significativo, lleva a que *ninguno* de los rasgos positivos y teóricamente factibles del desarrollo productivo del capital anticipados en la primera cita de los *Grundrisse* pueda llegar a la madurez dentro de las fronteras de esta formación social.

La severa disciplina del capital que actúa a través de sucesivas generaciones nunca concretan un Estado donde la sociedad pueda controlar la industriosisidad. De hecho, el capital no es capaz de producir un círculo de consumo integral cada vez más rico ni tampoco un *desarrollo de las necesidades* correspondiente a este último a través del cual “el trabajo excedente por encima y por debajo de la necesidad” pudiera convertirse en una necesidad general que surja de las propias necesidades individuales. Tales objetivos no sólo no pueden ser conseguidos dentro de los horizontes sociales del modo capitalista de producción, sino que, incluso su tendencia original hacia la realización de sus más elementales precondiciones, sufre un grave revés cuando la línea de menor resistencia del capitalismo decreta el despido brutal de un creciente número de trabajadores, incluso en las más “avanzadas” naciones capitalistas, en lugar de integrar a la totalidad de la humanidad en la efectiva búsqueda de una ocupación general y una productividad genuina.

Tampoco ocurre lo propuesto por Marx en lo que respecta al desarrollo de la ciencia y a la transformación de las prácticas productivas de acuerdo con sus potencialidades inherentes que supuestamente favorecerían la expansión del valor de uso y la interacción dialéctica de un valor de uso en expansión con el desarrollo de las necesidades humanas. Por el contrario, como resultado de los nuevos requerimientos y determi-

nuamente creciente. Sin embargo, puesto que la dinámica del cambio socioeconómico y político del desarrollo --sobre todo en América Latina-- probablemente minará la estabilidad de las dictaduras militares del Tercer Mundo, tal desarrollo puede tener severas repercusiones para el avance del complejo militar-industrial en las naciones capitalistas “avanzadas”.

naciones del capital, *la ciencia* es desviada de sus propósitos positivos, asignándosele un papel de apoyo a la multiplicación de fuerzas y modalidades destructivas ya sea directamente, en la nómina de omnipresente y catastróficamente dispendioso complejo militar-industrial²⁴, ya indirectamente, cuando se pone al servicio de la “obsolescencia planeada” y de otras ingeniosas prácticas manipulativas, diseñadas para alejar a los lobos de la sobreproducción de la puerta de las industrias de consumo.

De mismo modo, las necesidades alienadas y los perversos requerimientos productivos del capital no sólo no permiten la creación de los *elementos materiales* de una rica individualidad, múltiple en su producción y en consumo, ni mucho menos, el total desarrollo de necesidades humanas y potencialidades sino, por el contrario, las *necesidades artificiales* de la destructiva expansión de capital tienden a competir, minar y, en el frecuente caso de incompatibilidades, a suprimir con suprema insensibilidad incluso las más elementales necesidades de la mayor parte de la humanidad. Es comprensible, por tanto, que la producción de una “abundancia cada vez mayor” se convierta en un sueño esquivo, a pesar del asombroso incremento de las “potencias abstractamente productivas” de la sociedad, condenadas a permanecer abstractas y estériles, o mejor dicho, *contra-productivas*, por su carácter capitalista y por su desaparición destructiva.

Pero tal vez el aspecto más significativo y de mayor trascendencia de la redefinición de la línea de menor resistencia del capital concierne a la manera radicalmente nueva de administrar las crisis. Aquí una vez más, una cita de los *Grundrisse* resulta instructiva. Cuando se refiere a la contradicción entre *producción y consumo* (o *producción e intercambio*) bajo el capitalismo y a la percepción unilateral de los problemas inherentes por parte de los economistas políticos burgueses, principalmente Ricardo y Sismondi, Marx escribe:

El propio Ricardo, por supuesto, sospecha que el valor de cambio de una mercancía no es un valor aparte del intercambio, y que se realiza a sí misma como valor sólo en el intercambio, pero califica de accidentales los obstáculos que la producción encuentra por esa razón, como obstáculos que son superados. Por tanto, concibe la superación de tales obstáculos como parte de la esencia del capital, si bien a menudo resulta absurdo en su exposición de esa perspectiva; mientras que Sismondi, en contraste, enfatiza no sólo el cho-

²⁴ En Gran Bretaña, más del 50 por ciento del conjunto de la investigación científica está dedicada a propósitos militares, mientras que en los Estados Unidos, la cifra excede al 70 por ciento, y en ambos casos tiende a incrementarse.

que con los obstáculos, sino su creación por el propio capital, y tiene una vaga intuición de que deben conducirlo a su *destrucción*, por tanto, pretende colocar obstáculos a la producción, desde el exterior, a través de tasas impositivas, legislación, etcétera, las cuales, por supuesto, en tanto que obstáculos meramente externos y artificiales, serían necesariamente demolidos por el capital. Por otra parte, Ricardo y toda su escuela nunca entendieron las verdaderas *crisis modernas*, en las cuales esta contradicción del capital *se descarga a sí misma en grandes tormentas* que lo amenazan crecientemente en tanto *fundamento de la sociedad y de la producción*.²⁵

Lo cierto es que la contradicción descrita por Marx es una contradicción insuperable de la sociedad capitalista. El cambio dramático, no obstante en contraste con la conveniente caracterización de Marx sobre las fases tempranas de desarrollo, está en que las crisis capitalistas bajo las nuevas condiciones —en tanto que los prerequisites materiales e ideológicos-políticos de éstas pueden ser objetivamente reproducidos— no necesitan tomar en absoluto la forma en la cual la contradicción entre producción e intercambio “se descargue a sí misma en grandes tormentas”.

Esta nueva habilidad del capital para evitar las tormentas es la que ha sido malentendida por Marcuse y otros como una solución estructural fundamental, caracterizada por ellos como la “integración” de la clase obrera y el triunfo del “capitalismo organizado” sobre las contradicciones del “capitalismo de crisis”.²⁶ En verdad, empero, “el capitalismo organizado” no está menos agobiado por las crisis que el llamado “capitalismo de crisis”. De hecho, sucede lo contrario, ya que el perfeccionamiento de los métodos de “la administración de las crisis” emerge como respuesta directa a las presiones de una crisis profundizada. Asimismo, es una equivocación sugerir que “hemos llegado a un punto particular en la evolución de la sociedad occidental, que *se distingue por la aparición de mecanismos económicos autorregulados*”,²⁷ debido a que el

²⁵ Marx, *Grundrisse*, p. 411.

²⁶ Véase por ejemplo el prefacio de 1966 de Lucien Goldman, en *The Human Sciences in Philosophy*, Londres, Jonathan Cape, 1969, escrito bajo la influencia de Marcuse.

²⁷ *Ibid*, p. 16. En el tiempo en el que fue escrito este prefacio, Goldman estaba tan fuertemente convencido de la permanencia de un nuevo sistema de “capitalismo organizado” que juzgó positivamente algunos de sus aspectos más contradictorios, e insistió en que “nuestra crítica del *capitalismo organizado* (o para usar otro término, de la *sociedad de consumo*, la sociedad de *producción masiva*) no pretende conducir hacia el pasado ni cuestionar los *logros positivos de la sociedad moderna* (su incremento del nivel de vida, sus *mecanismos regulatorios* que permiten a la sociedad evitar crisis particularmente severas)” (*Ibid*, p.19)

El problema con esta línea de razonamiento es que la vaguedad de la categorías

capitalismo, de hecho, ha funcionado *siempre* gracias a mecanismos autorregulados e históricamente específicos. En efecto, el poder de tales mecanismos es absolutamente *inseparable* de las formaciones socioeconómicas capitalistas en tanto que constituye una de sus características más importantes.

La innovación real del desarrollo de la posguerra en el contexto presente es el paso del consumo tradicional al consumo dominado por el complejo militar-industrial, caracterizado por la subutilización institucionalizada de las capacidades productivas y de los productos por una parte, y por la continua, que no momentánea, disipación o destrucción de los resultados de la sobreproducción mediante la redefinición práctica de la relación de oferta-demanda en el adecuadamente reestructurado proceso de producción por la otra.

Esta nueva forma de consumo permite desentenderse de los espectaculares colapsos del pasado, del tipo del dramático *crack* de Wall Street en 1929. De este modo, sin embargo, las crisis del capital no son superadas radicalmente sino, tan sólo, “extendidas”, tanto en un sentido *temporal*, como con respecto a su ubicación estructural dentro del esquema total.

Si se admite que hasta ahora la relación entre los intereses dominantes y el Estado capitalista ha impuesto con éxito sus demandas a la sociedad, podemos afirmar que no habrá grandes tormentas, sino tan sólo lluvias aisladas. De este modo, la “anormalidad” de las crisis que alteraban con largos periodos de crecimiento imperturbado y desarrollo productivo puede derivar en pequeñas dosis cotidianas de “normalidad” del “capitalismo organizado”. De hecho, las cimas de las históricamente bien conocidas *crisis periódicas* del capital pueden ser, *en principio*, reemplazadas por un patrón de movimiento lineal. Sería, sin embargo, un gran error interpretar la ausencia de grandes fluctuaciones como la evidencia de un desarrollo saludable y sostenido, más que como la representación de un *continuum depresivo*, que exhibe las características de una crisis *acumulativa, endémica* y más o menos *permanente* y *crónica*, con

como “sociedad moderna”, “sociedad de consumo” y “sociedad de producción masiva” distrae la atención de la más importante dimensión de las sociedades capitalistas avanzadas, a saber, la preponderante posición del complejo militar-industrial dentro de su metabolismo socioeconómico, con su catastrófico dispendio de recursos que impide la exploración de la crisis estructural más grave conocida hasta ahora. De tal modo, que exalta lo que en realidad está construido sobre arena, que puede aparecer como algo sólido. La capacidad de los “mecanismos regulativos” para *evitar* (no desplazar o posponer) “severas crisis” es exagerada. No hay que admirarse, entonces, de que los eventos de mayo del 68 hayan sido impredecibles para Goldman. No obstante, hay que reconocer su valor intelectual para superar sus ideas originales a partir de los eventos de París.

las perspectivas finales de una cada vez más profunda crisis estructural.

En el análisis final, la integración y dispersión estructurales de los componentes objetivos de la crisis capitalista, tal como se ha venido produciendo, no hacen decrecer su peso y severidad, a pesar de que cumplen eficazmente con sus funciones de desplazamiento y regulación de la crisis.

Perfeccionar la maquinaria de la “administración de las crisis” es un factor esencial para reconstituir con éxito la línea de menor resistencia del capital, capacitándolo para confrontar sus límites inherentes y desplazar sus mayores contradicciones con una mayor eficacia bajo las actuales circunstancias históricas. De igual modo, no hay duda de que para contrarrestar las nuevas adquisiciones y las poderosas innovaciones del capital, las actuales fuerzas socialistas requerirán de la articulación de nuevas estrategias hoy concienzudamente obstaculizadas por la habilidad de su adversario para mantener bajo control los factores determinantes y las manifestaciones de su propia crisis.

Sin embargo, estructuralmente, el capital no puede trascender sus límites, por lo que el potencial explosivo de sus contradicciones permanece a pesar del largo periodo en que la sociedad de la posguerra ha conseguido demorar y dispersar las contradicciones.

Los límites del capital no son estáticos sino que representan un reto dinámico tanto para el capital como para el trabajo. En efecto, sus límites finales se manifiestan como límites de la reproducción ampliada, y el capital, por naturaleza, tiende a confrontarlos y dominarlos en un turbulento retroceso sin importarle las consecuencias. Sin embargo, como Marx acentúa enérgicamente:

“...del hecho de que el capital ponga cada uno de estos límites como un *obstáculo* y consiguientemente lo supere *idealmente*, no se deduce en modo alguno, que *realmente* los haya superado; y, puesto que todo límite contradice su determinación, su producción se mueve entre contradicciones que son superadas continuamente, pero que no dejan de aparecer. Más aún, la *universalidad* hacia la que tiende irresistiblemente, encuentra sus *límites en su propia naturaleza*, que en cierto nivel de su desarrollo hará reconocer al capital mismo como el mayor obstáculo de esa tendencia y, *en consecuencia, tenderá a su propia superación a través del mismo.*²⁸

No obstante, es necesario advertir algunos puntos, y no tanto dete-

²⁸ Marx, *Grundrisse*, p. 410.

nerse en torno a las anticipaciones optimistas de la última frase que no nos conciernen directamente en el presente contexto. En todo caso, Rosa Luxemburgo puso la historia en orden respecto a este aspecto cuando insistía en la dramática alternativa entre *socialismo o barbarie*, ya que el capital puede, cuando mucho, enfrentarnos a la alternativa en sí, pero no a eliminarla. Por el contrario, esta peligrosa lógica interna del capital puede producirlo hacia la resolución de la alternativa sólo en su propio favor, abortando radicalmente las posibilidades de solución socialista a través de sus “bárbaras” determinaciones materiales.

La advertencia más importante, concierne a la forma en que el capitalismo contemporáneo puede imponer sus dictados y crisis a la sociedad. Como hemos visto, “el capitalismo organizado” no es menos, sino más profundamente afectado por las crisis que el denominado “capitalismo de crisis”. Sin embargo, parece ser capaz de sortear situaciones de emergencia de una magnitud anteriormente inimaginable. Los obstáculos que el capital encuentra en su propia naturaleza respecto a la producción parecen no afectar su poder de autoexpandirse. Su manifiesto fracaso para cumplir en el plano de la producción la “universalidad hacia la que tiende irresistiblemente” parece no minar su poder de dominación social universal, incluso en las regiones productivamente más subdesarrolladas.

Para entender estas desconcertantes características del capitalismo contemporáneo hay que señalar una distinción vital entre *producción* y *autorreproducción*. La razón por la cual esta diferenciación es tan importante estriba en que el capital no está interesado en la producción en cuanto tal, sino sólo en la *autorreproducción*. Asimismo, la irresistible tendencia hacia la universalidad del capital sólo concierne a los intereses de la autorreproducción, y no a aquellos de la producción en sí.

Ciertamente, bajo circunstancias históricas determinadas, ambos intereses pueden coincidir en un sentido positivo, y, en tanto lo hangan, el capital podrá cumplir su “papel civilizador” de incrementar las capacidades productivas de la sociedad y espolear, hasta el punto en que sus propios intereses lo dicten y permitan, la emergencia de una “industriosidad general”. Sin embargo, las condiciones necesarias para la reproducción simple, y las de la reproducción ampliada del capital, no sólo no necesitan coincidir siempre, sino que, por el contrario, pueden incluso oponerse diametralmente.

En fuerte contraste con las articulaciones sociales predominantemente productivas del capital, en la época de Marx, el capitalismo contemporáneo ha llegado a un punto en el cual la *radical separación* entre la producción genuina y la autorreproducción del capital no es ya una remota posibilidad sino una cruel realidad, con las más devastadoras

consecuencias para el futuro. Los obstáculos a la producción capitalista han sido superados por el propio capital bajo la forma de una autorreproducción destructiva que es la garantía de su propia reproducción a una magnitud mayor y constantemente creciente, en oposición antagónica con la producción genuina.

En este sentido, los límites del capital no pueden continuar siendo conceptualizados como meros obstáculos materiales para un incremento mayor de la productividad y la riqueza social y, por tanto, como un *freno* al desarrollo, sino como un reto directo a la propia supervivencia de la humanidad; y, en otro sentido, los límites del capital sólo pueden volverse contra ese todopoderoso dominador del metabolismo social, no cuando sus intereses coincidan con el interés social general de incrementar las potencialidades de la producción genuina, sino sólo cuando el capital ya no sea capaz de asegurar, por más tiempo, las condiciones de *autorreproducción destructiva*, lo cual provocaría la ruptura de la totalidad del metabolismo social.

Como hemos visto, el capital está totalmente desprovisto de una medida y un esquema de orientación significativamente humanos, en tanto que su tendencia interna hacia la autoexpansión es incompatible *a priori* con cualquier idea de restricciones o límites, y, desde luego, con la posibilidad de autotranscenderse. Esta es la razón por la cual corresponde a la línea de menor resistencia del capital hacerse cargo de las prácticas materiales de la *reproducción destructiva ampliada* hasta el punto en que se acercan al espectro de la destrucción global, en lugar de aceptar las restricciones positivas requeridas por una producción que cifre su interés en la satisfacción de las necesidades humanas.

Hace mucho tiempo, imaginar la producción de la abundancia y la superación de la escasez, era completamente compatible con los procesos y aspiraciones del capitalismo. Hoy día, tales objetivos, dentro de los horizontes del “desarrollo” y la “modernización” capitalistas, sólo aparecen en las racionalizaciones ideológicas de los apologistas más cínicos del capital. Este solo hecho, aún sin otros elementos, es suficiente para hacernos entender el verdadero significado de la reconstitución de la línea de menor resistencia del capital en las últimas décadas.